Desafuero contra los desafueros

Sostenida en el derecho, la petición para que el senador Jorge Díaz Serrano sea desaforado, a fin de que se pueda iniciar acción penal en su contra, será útil a la República. Lo será mayormente si la sociedad la recibe, y hace lo mismo con el proceso que eventualmente se le siga, en su dimensión precisa, con interés profundo pero sin avidez enfermiza a la que quieran contribuir los amarillismos y quienes pretendan capitalizar este acontecimiento.

Asimismo, será mayor su provecho si se le encuadra en el marco de los sucesos políticos más relevantes de hoy. Nadie pensará que se inicia el proceso en su contra, justamente ahora, para evitar que se ahonde en la reflexión y las acciones sobre lo que pasa en las universidades tras sus huelgas y con el intento de liquidar a los trabajadores de Uramex. Unos y otros hechos tienen su magnitud propia, su dinámica propia, y la sociedad mexicana perdió hace tiempo el candor que le permitiría dejarse distraer con fuegos de artificio.

La índole del personaje haría de suyo singular el episodio. A Díaz Serrano le correspondió encabezar la industria petrolera mexicana en los días en que ella fue presentada como la gran promesa. En pocos casos, quizá en ninguno otro, empeñó tanto la fuerza de su investidura el entonces Presidente de la República para avalar y defender una política como lo hizo con Díaz Serrano, su amigo entrañable. En cierto momento, pareció abrirse una disyuntiva, a juicio de López Portillo: no había más que mexicanos ejemplares, con Díaz Serrano a la cabeza, capaces de engendrar victorias, o seres mezquinos, negadores de todo, sostenedores del espejo negro de Tezcatlipoca.

Desde su designación como director de Pemex, Díaz Serrano provocó cuestionamientos y polémicas. Su vinculación previa a la industria petrolera había ocurrido actuando él como contratista. Nunca persuadió del todo su tardía separación de los intereses privados de que era dueño y con los que debía negociar como responsable de los intereses públicos en materia petrolera.

6

jueves 30 de junio de 1983

Desafuero contra los desafueros

de la primera

Tampoco borró su notable inclinación hacia intereses extranjeros. El triunfalismo de su política le generó asimismo duras críticas, pero también lo hizo crecer ante los ojos de no pocos participantes en los círculos del poder.

En un junio que como el de ahora le resultará fatídico, el de 1981, el sueño de grandeza, nacional y personal, imaginado por Díaz Serrano terminó abruptamente. Sería absurdo, esquemático, simplista, atribuirle a su gestión personal la crisis financiera de Pemex, y el efecto centralísimo que ella tuvo en la más general y abrumadora del país. Pero será difícil desasociarlo de la generación de la crisis. Mientras, el país se quedó sumido en ella, él fue hecho embajador en la Unión Soviética y luego senador. Su alejamiento de la actividad política y de su entidad natal hicieron notorio que se le facilitaba el ingreso al Poder Legislativo en previsión de probables averiguaciones penales. Había elementos entre la opinión nacional para imputarle, al menos, irresponsabilidades políticas y jurídicas.

Ahora, la Contraloría y la Procuraduría Generales de la República empiezan a probar que esa sensación generalizada estaba en lo cierto. Es menester subrayar el paciente rigor con que han procedido. No se dejaron llevar por las insistencias, algunas mezquinas, otras inconscientes, peticiones de tajar cabezas principalísimas incurrientes en ligereza. Nadie, por consiguiente, podrá atribuirse el curso que ahora emprende la biografía de Díaz Serrano. Se ha obrado con él conforme a los resultados de una investigación legalmente fundada y pletórica de elementos de convicción. No será, en ningún sentido, una víctima expiatoria, ni porque esté indefenso, ni porque se carezca de presunciones sobre su responsabilidad, ni porque la sociedad pueda respirar aliviada, cuando se le sancione si es el caso, como si se hubiera curado de una vez y para siempre de la corrupción.

Jurídicamente se fincarán culpabilidades. Políticamente también es necesario hacerlo. En este renglón no deberá limitarse la acusación a Díaz Serrano. Buena parte de la sociedad mexicana está de varios modos inmiscuida en la conducta presunta del senador que fue director de Pemex. No los indios y los campesinos miserables, por cierto. No la mayor parte de los obreros industriales ni de los estratos de no asalariados, o los que carecen de empleo. Pero sí la cúpula gobernante, los sectores que mandan en el país, en la economía, en la cultura, en los medios de información. Sí el sindicato petrolero, que tan adicto se mostró a Díaz Serrano. Sí el sistema de vida que se nos ha impuesto, que nos impele a lograr riqueza y a mostrarla. Sí sus promotores y panegiristas.

El juicio político a que será sometido Díaz Serrano es un procedimiento de empleo delicado, que deberá ser utilizado con esmero jurídico y pulcritud política. La sociedad superó hace tiempo la etapa de la venganza como objetivo último de la justicia penal. Ahora se debe buscar en ella un provecho social alto. Si se llega a ese extremo, que el desafuero de Díaz Serrano sirva para combatir eficazmente los otros desafueros, los que se cometen día a día contra los empobrecidos de nuestra nación, víctimas últimas y permanentes de todo latrocinio, de toda corrupción contra las arcas republicanas.